Los principios morales

Abstract. *The ethical model of principles turns out to be as vulnerable as “academic moralism” is, but the practical issues that truly worry the agent are not wholly intelligible if moral principles do not participate. The paper defends this point of view, thus rejecting the strong objections against moral Theory.*

Resumen. *El modelo ético de principios resulta tan vulnerable como el “moralismo académico”; pero las cuestiones prácticas que realmente preocupan al agente no son del todo inteligibles sin el concurso de los principios morales. El artículo defiende este punto de vista, rechazando, por tanto, las objeciones fuertes contra la Teoría moral.*

En un artículo de 1998, R. Posner denunciaba la falta de respuestas prácticas que ofrecen la Teoría moral, así como algunos filósofos a los cuales se refería como “moralistas académicos”. R. Posner criticaba con dureza las limitaciones de la Teoría moral contemporánea, por considerarla una base sumamente deficiente para guiar los juicios morales, o para orientar las decisiones en el ámbito jurídico. En su alegato contra el “moralismo académico”¹, Posner mencionaba expresamente a autores contemporáneos, tan conocidos, y diferentes entre sí, como son R. Dworkin, J. Rawls, J. Raz, Th. Nagel, M. Nussbaum. Todos ellos representan –en su opinión– un tipo de teoría que ha perdido definitivamente su potencial creativo. Los especialistas ya no son innovadores, no están a la altura de las demandas de los agentes, su trabajo no sirve para mejorar la conducta, ni siquiera resuelven sus propios desa-

cuerdos teóricos... R. Posner pintaba una situación muy desfavorable, debido a lo cual los debates que realmente importan han de tener lugar fuera del ámbito académico. Por todo ello, concluía que sería mejor abordar todo lo referente a los fenómenos morales sin el concurso de las categorías morales. El artículo retomaba, en fin, los consabidos argumentos contra los excesos de la teoría, contra la separación entre teoría y vida práctica, entre categorías morales y dilemas prácticos, la incapacidad de los especialistas para hablar de lo que realmente motiva a los agentes, etc. En cambio, defendía una versión de la moralidad ligada a lo contextual y a las intuiciones, dedicada sobre todo a explicar las cuestiones prácticas, así como cambiar las conductas, ofreciendo un nuevo punto de vista.

No era la primera vez que la Filosofía moral contemporánea era objeto de críticas de este tipo, contra los excesos del análisis teórico y contra su falta de relevancia. Esta actitud negativa hacia lo teórico aspira a devolver la primacía a lo práctico, a los temas de carácter sustantivo. No es una actitud demasiado nueva, si bien se presenta bajo fórmulas cada vez más radicales. En los años ochenta, S. Toulmin abogaba por una nueva casuística, denunciando la rigidez o “tiranía”² de los principios de carácter absoluto. De este modo pretendía que las teorías se mantuvieran fieles a la complejidad de los problemas prácticos, resolviendo los casos particulares de forma prudente, discreta. Y sin la ayuda de reglas ni de principios. Sin embargo, la Filosofía moral contemporánea no ha logrado una posición de consenso sobre este tema, escindida todavía entre las cuestiones de principio y las formas de vida particulares, entre

partidarios de un modelo normativo fuerte y, de otro lado, partidarios de aligerar la teoría, a fin de no perder el contacto con la experiencia moral. Por tanto, sería un error tomar al pie de la letra las objeciones de R. Posner y de S. Toulmin, como si fuesen ataques contundentes o “despedidas” de la teoría. Por un lado, cualquier asunto moral de auténtica relevancia termina casi siempre por plantear cuestiones de lenguaje, de Metaética. Por otro, las teorías normativas, por estrictas que sean, han de afrontar de un modo u otro –directo o indirecto– cuestiones prácticas³ que preocupan a los agentes. En el campo teórico, no son tan agudas como parecen las tensiones entre “fundamentación” y “aplicación”, o entre Teoría ética y éticas aplicadas. Porque un genuino interés por los aspectos teóricos y prácticos, por los conceptos morales así como por las situaciones reales, obliga a reducir las distancias entre los “moralistas académicos” –en los términos de R. Posner– y los agentes que deliberan de manera constante sobre asuntos morales.

R. Posner llamaba la atención sobre el valor que tienen tanto el sentido común como la experiencia moral. Sin embargo, exageraba en todo lo referente a los errores y a las deficiencias de vocabulario y de metodología que lastran en parte al “moralismo académico”. En todo caso, la hostilidad hacia las teorías no es, no puede ser un método alternativo. Ni la falta de relevancia se subsanará apelando tan sólo al sentido común como criterio definitivo. Digamos que la Metaética es bastante vulnerable ante las críticas. Pero éstas no llegan muy lejos sin un análisis especializado, cuidadoso asimismo en el uso del vocabulario moral. Por este mismo criterio, el modelo de principios resulta tan vulnerable como el “moralismo académico” y, sin embargo, las cuestiones prácticas que realmente preocupan al agente no son del todo inteligibles sin el concurso de los principios morales. En las páginas siguientes se va a defender este punto de vista, rechazando, por tanto, las objeciones fuertes contra la Teoría moral, por su deficiente relevancia: (1) los principios morales, sobre todo los *principios prima facie*, son lo suficientemente flexibles como para responder a las demandas de aplicabilidad, sin debilitar el aparato teórico y crítico de la Filoso-

fía. (2) Hay que construir teorías que sean relevantes, es cierto. Teorías que expliquen lo que sucede en la experiencia, en los casos reales, etc.. Pero las teorías tienen siempre una aplicabilidad *restringida*, al no ofrecer un catálogo de soluciones para cada caso en particular. (3) El mejor ajuste entre principios y casos prácticos nunca podrá sustituir a la iniciativa y a la decisión de los mismos agentes, de la misma forma que la Teoría ética no ha sido reemplazada por éticas especiales, de pretensiones excesivas y con un aparato conceptual reducido. En suma, las teorías normativas y los *principios prima facie* son interesantes para aquellos agentes que tienen distintas visiones del mundo, teniendo que deliberar sobre problemas prácticos similares. Por eso mismo necesitan *normas flexibles*, así como teorías para analizar los casos, argumentos bien definidos, principios *prima facie*, etc.

El artículo recuerda el papel central que pueden desempeñar tanto los principios, entendidos éstos como “mandatos óptimos” –según la terminología de R. Alexy– como la “aplicabilidad restringida” de aquellas teorías, conceptos, enfoques que se ocupan de cuestiones morales. La idea de una “teorización incompleta” –como la denomina C. Sunstein– resta bastante fuerza a las críticas de R. Posner, y de todos aquellos autores que han hecho una excesiva valoración del sentido común. Es decir, la renuncia a la teoría, el menosprecio hacia una tradición de debates, pulida por la controversia, por el análisis, etc., simplifican las cosas sólo en apariencia. En una situación como la actual, de pluralismo y simultaneidad de puntos de vista, los agentes no necesitan realmente soluciones para cada caso, sino condiciones favorables para deliberar y para actuar con autonomía. Y algunos principios para “dibujar la línea” de lo correcto, lo justo, lo tolerable, etc.

1. Los principios

Las Éticas cognitivistas son limitadas, tienen un contenido muy reducido, no consideran los motivos reales de los agentes, tienden al universalismo irrestricto, etc. Todas las críticas aciertan en su diagnóstico general. Sin embargo,

la Casuística tampoco carece de dificultades a la hora de aplicar su método a las circunstancias particulares, encontrándose además bajo el peso de tradiciones⁴ que hoy no podríamos asumir sin reservas. Por un lado, la Filosofía moral contemporánea ha derivado algunas veces hacia debates puramente teóricos, poco relevantes; por otro lado, las éticas especiales o “aplicadas” han abierto expectativas que no podían cumplirse sin el apoyo de un fuerte aparato teórico. Por tanto, el rechazo hacia la gran teoría moral suele estar acertado en algunos casos, pero en otros casos ofrece soluciones débiles o insuficientes. Sin duda, el modelo de los principios carece del atractivo de aquellos proyectos que comienzan dudando del interés de las teorías, de la utilidad de un lenguaje demasiado estricto, de la primacía de los conceptos sobre las experiencias, etc.

Para equilibrar la balanza, se puede afirmar que los principios aportan consistencia a la discusión sobre cuestiones prácticas, sobre todo de aquellas cuestiones que presentan una cierta complejidad o envergadura. Los principios funcionan, por así decirlo, como la base que posibilita un acuerdo entre agentes, sobre todo si éstos mantienen distintos puntos de vista. En un contexto abierto, propio de las sociedades pluralistas, los desacuerdos prácticos son frecuentes, casi inevitables. Los principios no impiden que esto suceda, ni borran las distancias entre formas de ver el mundo o de resolver los problemas. Los principios aportan, en cambio, cierto equilibrio, un punto de referencia en cualquier discusión compleja. Son la expresión de los compromisos básicos que los agentes podrían asumir, sin verse obligados a renunciar a sus propios puntos de vista. Por tanto, los principios marcan una línea clara que nadie debería rebasar, sean cuales sean las circunstancias particulares, las creencias personales, los objetivos a defender. “Dibujan la línea” según la expresión de R. Nozick⁵.

(a) Los principios son un tipo de *normas*, prescriben algo que tiene que hacerse, indican una conducta que se debería adoptar. La dificultad⁶ para definirlos de manera precisa tiene que ver con las dificultades que plantea el mismo lenguaje moral, por su estructura abierta⁷. Normas y reglas se dicen de muchas maneras. Por ejemplo,

el término “regla” se refiere a algo que se debe o que se ha de hacer, si bien hablamos también de acciones racionales en el caso de acciones que estén gobernadas por reglas. Según la definición de R. Alexy, los principios son “mandatos óptimos”⁸, puesto que prescriben algo a realizar, pero a realizar de forma gradual, en mayor o en menor medida. En cambio, las reglas funcionan de otra forma, pues se trata de “mandatos definitivos”, ya que sólo cabe cumplirlas o no cumplirlas, sí o no, sin gradación alguna. Esto significa que los principios se realizan a niveles distintos; como “mandatos óptimos”. Entonces permitirán también una relación abierta con los casos prácticos. Prescriben algo, pero sin determinar el modo, el momento ni el grado mismo de la realización. Y esto resulta sumamente interesante para reforzar el papel de las normas en la discusión práctica⁹. Por tanto, los principios crean un marco bien definido, aunque es también un marco flexible. Existen además varios principios, pudiendo presentarse algún conflicto entre éstos, siendo necesario deliberar y sopesar las razones para preferir un “mandato óptimo” a otro mandato de la misma clase. Esto significa que no existen principios absolutos, sino principios que valen mientras la información disponible no demuestre lo contrario. Esto significa también que los principios no son absolutos. Tal despedida de lo absoluto resulta sumamente útil en aquellos casos más conflictivos como, por ejemplo, la interrupción del embarazo, que tanto sufrimiento y polémica ha generado desde hace tanto tiempo, y para tantas personas. ¿Hubiera sido todo más sencillo sin el peso de principios tan fuertes como la santidad de la vida?

(b) Los principios *prima facie* no son principios absolutos. W. D. Ross¹⁰ se refería a los “deberes condicionados” o deberes de obligación imperfecta. Estos prescriben algo, pero sólo en el caso de que no haya otro deber más significativo. Por tal razón, parecen relevantes las circunstancias propias de la situación, de tal manera que los principios son necesarios, pero no autosuficientes a la hora de evaluar. Los principios *prima facie* introducen un enfoque especialmente interesante para las teorías cognitivistas, ya que permiten sostener que la argumentación práctica es

racional, que hay analogía entre los criterios de verdad y la corrección práctica¹¹. Y, al mismo tiempo, estos principios reducen las pretensiones sobre los casos y sobre los contenidos concretos. Por tanto, este modelo puede introducir cierto equilibrio entre las expectativas desmesuradas, que han abierto las éticas especiales, y la aplicabilidad indirecta de Teoría moral, tan criticada desde el sentido común.

Se puede decir, por tanto, que los principios establecen las condiciones para analizar los casos prácticos a partir de criterios racionales. Sólo las condiciones, así como un marco flexible, una aplicabilidad mediada por otros factores, etc. Pues las decisiones sobre el caso conciernen a los individuos o a los grupos. Los principios sólo garantizan un punto de partida, cierta estabilidad en las razones para la acción. En general, hablamos de no matar, de no torturar, no privar de libertad; los agentes dirán cuál ha de ser la solución más correcta para cada situación que afecte a la libertad, la integridad personal, la vida, etc. Los principios, entendidos como "razones para la acción"¹², son entonces un punto de partida, cuya fuerza deriva de no haya otras razones de tipo superior. En este sentido, se dice que los principios "dibujan líneas" y sirven para justificar las decisiones. Pero "justificar" no es lo mismo que "aplicar" o tomar decisiones.

2. Aplicabilidad restringida

J. Narveson¹³ ya había llamado la atención sobre el estatuto impreciso de los principios. En este mismo sentido, D. Emmet¹⁴ se refería a los dos usos de las "reglas morales", uso regulativo, como directrices para una conducta, y uso constitutivo, guía de actos específicos. Las cuestiones de terminología han sido consideradas también por J. Searle¹⁵, quien reconoce finalmente la ausencia de explicaciones claras sobre el concepto "*prima facie*". Por su parte, R. Dworkin¹⁶ distingue entre "principios" —no definen un programa a seguir— y, de otro lado, una "directiz" (*policy*) que define un programa de actuación. Por lo tanto, el modelo de los principios es complejo y presenta dificultades terminológicas importantes. Ninguna

de estas dificultades elimina, sin embargo, la función codificadora de las normas, ni la capacidad para sistematizar que tienen los principios.¹⁷

(1) Según Nozick, la función codificadora interviene en tres niveles, nivel intelectual, interpersonal y personal. La función intelectual consiste en aportar justificaciones, guiar las acciones y las decisiones, para que puedan ser consideradas como decisiones correctas. La función interpersonal introduce cierta seguridad en la relación de los agentes, ya que los principios definen un tipo de interacción relativamente independiente o al margen de intereses circunstanciales, aumentando así la confianza en las relaciones personales. La función personal consiste en definir la propia identidad, ya que los principios pueden actuar a modo de filtro, aportando estabilidad o definiendo un comportamiento a largo plazo, hacia el futuro. Por tanto, el rendimiento de los principios es doble, ya que establecen un marco general para la acción y, además, ofrecen una información relevante para proceder luego a la deliberación práctica. R. Nozick afirma que los principios "dibujan la línea", en el sentido de que sistematizan y aportan racionalidad.

(2) Los principios pueden funcionar también como *premisas* o como punto de partida para la argumentación práctica. Sin este punto de partida, será imposible sopesar, poner en la balanza las razones a favor y las razones en contra de una decisión concreta. Por un lado, se puede decir que los casos constituyen una auténtica prueba para demostrar la aplicabilidad de los principios, de otro lado, los principios introducen una forma específica de ver los casos, y de hallar soluciones adecuadas para cada situación. Es más, el punto de partida, el modo según el cual se define una situación, determinará en buena medida el tipo de respuesta o la conclusión del razonamiento sobre los casos prácticos a tratar. Por ejemplo, la Ética medioambiental —tanto en su forma más radical, biocéntrica, como en su forma más moderada o antropocéntrica— apela al principio de preservación, para favorecer un trato más respetuoso con las otras especies. Sin embargo, la estrategia y los resultados concretos serán distintos, según sea el principio al que se apele en cada caso. Al introducir el principio de justicia, se dirá que los

agentes han de favorecer el trato equitativo entre generaciones y entre especies. Si, por el contrario, lo decisivo fuese el valor intrínseco de las especies, se dirá que los agentes han de evitar daños a los seres vivos, como seres valiosos por sí mismos, más allá de una consideración instrumental, etc.

A lo largo de los últimos años, el interés por los casos prácticos ha propiciado el crecimiento de las éticas especiales, como disciplinas con un desarrollo independiente —como sucede con la Ética medioambiental—, e incluso con un desarrollo opuesto al de la Filosofía moral contemporánea. Algunos autores, como S. Toulmin¹⁸, han llegado a pensar que la Medicina había “salvado la vida” a la Ética. Otros, como A. MacIntyre¹⁹, han llegado a la conclusión opuesta, que no hay una “nueva” Ética, sino bastantes malentendidos sobre los resultados de las disciplinas especiales. Por tanto, el rechazo de la teoría y la excesiva valoración de las éticas aplicadas podría derivar de una apreciación equivocada de lo que significa “aplicabilidad”, cuando no la consolidación de intereses profesionales²⁰ restringidos. En definitiva, no resulta plausible una división del trabajo entre Ética general y éticas aplicadas²¹; es más, el papel central de la teoría destaca más cuanto más se desarrollan estas éticas especiales. Pues las cuestiones prácticas exigen claridad y precisión teórica. Desde una perspectiva externa, el “hecho del pluralismo”²² tampoco conduce a una proliferación de éticas especiales, de códigos de conducta, de soluciones para el caso, etc., sino que muestra las ventajas de una Ética con pretensiones reducidas, en beneficio de agentes competentes y con autonomía para tomar decisiones.

3. Normas flexibles

Las críticas sobre el carácter abstracto de la Ética y de los principios aciertan sólo en parte. Ni los principios pueden dejar de ser abstractos²³ —como razones para la acción²⁴— ni tiene sentido buscar un algoritmo para los casos prácticos. Los principios *prima facie* muestran distintos grados de obligación y, por tanto, favorecen el ajuste con los casos. Esto es, el argumento de R. Posner

contra el “moralista académico” resultó ser menos demoledor de lo que aparentaba. En cambio, las observaciones de C. Sunstein sobre la función positiva de los desacuerdos en las sociedades heterogéneas pueden debilitar el papel central de las reglas en los argumentos prácticos. Por un motivo análogo al que se acaba de mencionar, algunas veces importa más lo que aún queda por decir, las circunstancias cambiantes y las necesidades del individuo que los acuerdos y las teorías completas.

1. El hecho de que se produzcan habitualmente serios desacuerdos sobre los valores fundamentales puede ser una buena señal. Una señal de apertura, de sensibilidad hacia lo particular, actitudes tolerantes, respeto por formas de vida y por los juicios morales, etc. Está claro que el énfasis sobre lo particular no es compatible con reglas demasiado rígidas, pero tampoco con reglas demasiado generales, que fuesen inaplicables o irrelevantes. En este contexto de rechazo de teorías y de principios de alto nivel, C. Sunstein propone que empecemos a “teorizar de forma incompleta”²⁵. Justamente para no renunciar a reglas y principios, haciéndolos flexibles pero no ciegos hacia lo particular. Este autor admite tanto las ventajas de situaciones donde ya existen reglas claras, imparciales —pues minimizan los costes en el proceso de toma de decisiones, reducen la incertidumbre en los casos particulares, evitan situaciones desagradables a los ciudadanos, al definir el marco de sus derechos, permiten planificar, identificar responsabilidades, etc.—, como a las ventajas de la analogía entre casos similares. C. Sunstein defiende la adaptación de las reglas a los casos, para reducir los posibles riesgos, derivados tanto de la ausencia de reglas como de lo contrario, reglas ciegas e impersonales.

2. La mayoría de las teorías normativas han estado buscando algo parecido, una estrategia para ajustar las necesidades reales y las normas imparciales. Por tanto, se interesan por un modelo tan alejado de los principios dogmáticos como de los casos atípicos. ¿Puede haber un procedimiento lo suficientemente amplio como para recoger ambos elementos? El concepto de “aplicabilidad reducida” y los principios *prima facie* forman parte de una idea de reflexión moral, entendida

como equilibrio y ajuste entre lo universal y lo particular. También sirven para consolidar²⁶ la Teoría moral postradicional, pero no posmoderna. Los argumentos de D. Ross, R. Dworkin, R. Nozick, C. Sunstein ayudan a explicar por qué conviene optar por un modelo de principios: desde el momento en que las sociedades valoran tanto la cooperación como las preferencias individuales. Por ejemplo, O. Höffe²⁷ considera a los principios como el contrapunto necesario de la cultura moderna, plural. En definitiva, los principios son tan sólo un punto de partida, pero la complejidad de las demandas y de los intercambios revaloriza cualquier punto de partida que esté bien definido. Se trata de trazar líneas básicas, los agentes dirán luego si quieren y cómo quieren realizar el equilibrio entre los principios, entre principios y casos reales.

A modo de conclusión, puede decirse que los principios establecen un nivel óptimo o un ideal²⁸, cuya validez se encuentra al margen de intereses o de enfoques particulares. En ese sentido, los principios morales definen o “dibujan la línea” de lo aceptable y de lo inaceptable. Su fuerza y aplicabilidad dependerán de los agentes, por eso los principios sólo tienen la fuerza de las razones, y una aplicabilidad reducida o indirecta. Los principios, como “mandatos óptimos”, traducen a normas lo que dice el punto de vista moral, ese punto de vista que está por encima –pero no al margen– de formas de vida y del contexto. Por tanto, los principios no son absolutos ni ignoran las contingencias o la situación real de los agentes. Son algo un tanto distinto, la expresión de lo normativo, así como un instrumento para dar razón de las decisiones, para deliberar sobre los casos prácticos. En el mismo sentido en que G. Ryle²⁹ decía que conocer una regla es, también, saber usar una regla.

De un lado, las sociedades pluralistas y heterogéneas potencian la decisión individual, debilitando la fuerza de los valores y de los principios absolutos. Por eso mismo, carece ya de sentido la figura del filósofo como moralista, alguien que se arroga la facultad de hablar en nombre de los demás agentes. Agentes que, por lo demás, son perfectamente competentes para elegir su forma de vida, su sistema de valores, e incluso para en-

contrar por sí mismos la solución correcta para los problemas prácticos. De otro lado, estas mismas sociedades requieren de ciertos valores, así como de ciertas prácticas que favorezcan la cooperación y la deliberación entre los ciudadanos. Los principios morales, como hemos visto, no dicen qué prácticas, qué valores, qué conductas habrá que adoptar en cada situación. Tan sólo establecen las premisas de la discusión, algo así como un marco general a fin de encontrar las mejores razones para la acción. Las críticas de R. Posner contra la Filosofía normativa señalaban algunos de los muchos defectos que percibimos en el trabajo de los filósofos. Sin embargo, los argumentos *ad hominem*, por ingeniosos que fueran, no demostraban que los principios morales y la teoría sean innecesarios. Al contrario, tales críticas son, tal vez, un acicate para mostrar la relevancia³⁰ de la Filosofía moral.

Notas

1. Posner, R.: “The Problematics of Moral and Legal Theory”, *Harvard Law Review*, 111, 1998, pp. 1638-1709.
2. Toulmin, S.: “The Tyranny of Principles”, *The Hastings Center Report*, 6, 1981, pp. 31-39.
3. He analizado por el equilibrio entre casos y principios en *Principios morales y casos prácticos*, Tecnos, Madrid, 2000, pp. 17-35.
4. Sobre el método del caso y sus ventajas sobre las reglas y los principios, Jonsen, A., Toulmin, S.: *The Abuse of Casuistry*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 1-20.
5. Nozick, R.: *The Nature of Rationality*, Princeton University Press, Princeton, 1993, pp.3-40
6. Señalada en su momento por G.H.Von Wright, *Norma y acción*, Tecnos, Madrid, 1979, pp. 21-35.
7. Sobre la estructura abierta de este tipo de lenguaje, Brennan, J.M.: *The Open-Texture of Moral Concepts*, MacMillan, London, 1977, pp. 88-149.
8. Alexy, R.: *Recht, Vernunft, Diskurs*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995, pp. 237-238; *Theorie der Grundrechte*, Nomos, Baden-Baden, 1985, pp. 71-157.
9. Sobre el lugar de los principios en la argumentación jurídica, Atienza, M.: *Tras la justicia*, Ariel, Barcelona, 1993, pp.27-28.
10. Ross, W. D.: *The Right and the Good*, Clarendon, Oxford, 1967, pp. 16-47
11. Habermas, J.: “On the Cognitive Content of Morality”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 1996, pp. 335-358.

12. Raz, J.: *Razón práctica y normas*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1991, pp. 55-96.
13. Narveson, J.: *Morality and Utility*, J.Hopkins University Press, Baltimore, 1967, pp. 21-50.
14. Emmet, D.: *Rules, Roles and Relations*, St.Martin's Press, New York, 1966, pp. 56-88.
15. Searle, J.: "Obligaciones *prima facie*", en: Raz, J.: *Razonamiento práctico*, FCE, Mexico, 1986, pp. 153-170.
16. Dworkin, R.: *A Matter of Principle*, Harvard University Press, London, 1985, pp. 1-6.
17. Nozick, R.: *The Nature of Rationality*, pp.3-40.
18. Toulmin, S.: "How Medicine Saved the Life of Ethics", en: De Marco, J.P., Fox, R.M., *New Directions in Ethics*, Routledge a. Kegan Paul, London, 1986, pp. 265-281.
19. MacIntyre, A.: "Does Applied Ethics Rest On a Mistake?", *The Monist*, 1984, pp. 498-513
20. El papel de los intereses corporativos y profesionales en el desarrollo de las éticas especiales ha sido comentado por V.Held, *Rights and Goods. Justifying Social Action*, University of Chicago Press, 1984, pp. 1-7.
21. A propósito de los problemas derivados de una división del trabajo en este campo, Brown, J.: "On Applying Ethics", en: Evans,J.D., *Moral Philosophy and Contemporary Problems*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp.81-93.
22. Rawls, J.: *Political Liberalism*, Columbia University Press, New York, 1993, pp. XIII-XXXIV.
23. La tesis de que los principios han de ser necesariamente abstractos se encuentra en O'Neill,O.: "Abstraction, Idealization and Ideology in Ethics", en: Evans,J.D., *Moral Philosophy and Contemporary Problems*, pp. 55-69.
24. Aarnio, A., Peczenik, A.: "On Values. Universal or Relative?", *Ratio Juris*, 1996, pp. 321-330
25. Sunstein, C.: *Legal Reasoning and Political Conflict*, Oxford University Press, New York, 1996, pp. 3-12.
26. B. Gert apuesta tanto por una Teoría moral desarrollada –para organizar las intuiciones morales– como por la Ética aplicada, "Moral Theory and Applied Ethics", *The Monist*, 67, 1984, pp. 532-548.
27. Höffe, O.: *Kategorische Rechtsprinzipien*, Suhrkamp, Frankfurt, 1995, pp. 11-29.
28. Peczenik, A.: *On Law and Reason*, Kluwer, Dordrecht, 1989, pp. 47-117.
29. Ryle, G.: "Knowing How and Knowing That", *Proceedings of the Aristotelian Society*, XLVI, 1945-46, pp. 1-16.
30. A modo de respuesta a las críticas de R. Posner en su artículo, R.Dworkin defendía la indispensabilidad de la Teoría moral, "Darwin's New Bulldog", *Harvard Law Review*, 11, 1998, pp. 1718- 1738.

M. Teresa López de la Vieja
 Facultad de Filosofía
 Universidad de Salamanca